**POSFASCISMO EN ESPAÑA:
EL FRANQUISMO DESPUÉS DEL FASCISMO (1945-1975)
POST-FASCISM IN SPAIN:
FRANCOISM AFTER FASCISM (1945-1975)**

JAVIER MUÑOZ SORO
Universidad Complutense de Madrid
jmsoro@ucm.es
<https://orcid.org/0000-0003-1243-2612>

Texto recebido em / Text submitted on: 04/08/2023
Texto aprovado em / Text approved on: 29/01/2024

Resumen

El concepto «posfascismo» no ha sido utilizado, en general, para referirse a la dictadura del general Franco en España tras la derrota de las potencias del Eje en 1945. Sin embargo, puede ayudar a definir y explicar mejor la compleja naturaleza del régimen político en esas tres décadas que van hasta la muerte del dictador en 1975, durante las cuales se superponen los procesos de cambio socioeconómico y la continuidad de las estructuras político-institucionales. Además, permite enlazar la experiencia histórica del fascismo con la evolución de las derechas españolas y europeas en la segunda posguerra, desde el neofascismo a la extrema derecha, y con la oleada de dictaduras militares en América Latina, que tuvieron en el franquismo uno de sus principales referentes ideológicos.

Palabras clave:

España contemporánea; Franquismo; Fascismo; Posfascismo; Neofascismo.

Abstract

The concept of «post-fascism» has not generally been used to refer to General Franco's dictatorship in Spain after the defeat of the Axis powers in 1945. However, it can help to better define and explain the complex nature of the political regime in the three decades leading up to the dictator's death in 1975, during which processes of socio-economic change and the continuity of political-institutional structures overlapped. It allows to link the historical experience of fascism with the evolution of the Spanish and European right-wing in the second post-war period, from neo-fascism to the extreme right, and with the wave of military dictatorships in Latin America, which had Francoism as one of their main ideological referents.

Keywords

Contemporary Spain; Francoism; Fascism; Post-fascism; Neo-fascism.

Fascistas después del fascismo

El avión de Dwight «Ike» Eisenhower aterrizó la tarde del 21 de diciembre de 1959 en la pista de Torrejón de Ardoz, una base aérea norteamericana a poco más de treinta de kilómetros de la capital de España. Le esperaba ufano el general Francisco Franco, para quien la vista del presidente estadounidense suponía el definitivo espaldarazo a su reconocimiento internacional, si bien la foto del histórico abrazo entre ambos se tomó la mañana siguiente durante la despedida. Se trataba de una breve escala en un largo *tour* de diecinueve días por once países y más de 30.000 km, diseñado por el Departamento de Estado de EEUU para asentar las relaciones de amistad con los países aliados, sobre todo aquellos indecisos, teóricamente neutrales y que peligraban dentro del inestable equilibrio de la Guerra Fría. España no se contaba entre estos: su posicionamiento en la lucha contra el comunismo estaba fuera de duda, así como su fidelidad a los pactos militares y de cooperación firmados en Madrid seis años antes. Sin embargo, el régimen franquista no desaprovechó la ocasión para hacer propaganda de su nueva «normalidad»: la comitiva presidencial desfiló por las avenidas de la Castellana, Gran Vía y Princesa ante cientos de miles de personas que ondeaban banderas españolas y estadounidenses, pasando bajo cuatro enormes arcos triunfales con las caras sonrientes de Eisenhower y

Franco, mientras las luces de las ventanas de la recién construida Torre de Madrid formaban un enorme letrero luminoso con el nombre de IKE. La no menos reciente Televisión Española retransmitió en directo todo el evento, por primera vez en la red de Eurovisión⁽¹⁾.

Para recibir al general de las fuerzas anglo-norteamericanas victorioso sobre la Alemania nazi no solo estaba Franco, el otro «Generalísimo» que únicamente había viajado en tres ocasiones fuera de España, la década anterior, para entrevistarse con Hitler, Mussolini y Salazar. Junto a Franco esperaba su ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, y el embajador en Washington, José María de Areilza, autores alalimón en 1941 del libro *Reivindicaciones de España*, manifiesto por un espacio vital conforme a la doctrina del *Lebensraum* nazi, a costa de la Francia derrotada en medio de una Europa casi totalmente ocupada por el que entonces parecía invencible ejército alemán. La simbólica llave de la ciudad le fue entregada por su alcalde, José María de la Blanca Finat y Escrivá de Romaní, conde de Mayalde. Al terminar la guerra civil el conde de Mayalde había estado al frente de la Dirección General de Seguridad (DGS), donde se convirtió en uno de los principales responsables de la represión franquista con la ayuda de técnicos de la Gestapo y las SS de Heinrich Himmler, a quien invitó a Madrid. Declarado pronazi y antisemita, en 1941 había sido nombrado embajador en Berlín, donde coordinó el envío al frente oriental de las tropas españolas encuadradas en la llamada División Azul, y todavía después de 1945 tuvo un activo papel en dar refugio en España a criminales de guerra como el belga Léon Degrelle.

Pocos meses antes, el primero de abril, en el veinte aniversario del final de la guerra civil, Franco había inaugurado a pocos kilómetros de la capital el Valle de los Caídos, un ostentoso monumento construido por prisioneros republicanos adonde se llevarían en los años siguientes miles de cuerpos para enterrar sin nombre bajo el lema «Caídos por Dios y por España». Entre ellos los de miles de republicanos sepultados hasta entonces en fosas comunes y exhumados sin autorización de las familias, en un intento de lavar la imagen internacional del régimen en nombre de la paz y el perdón cristiano. Una retórica que contradecían los hechos y las leyes. El proyecto encontró no solo la oposición de los vencidos,

(1) El relato en el noticiario del No-Do: <https://www.rtve.es/play/videos/documentales-b-n/presidente-eisenhower-madrid/2847599>.

sino incluso de muchos familiares de los vencedores, que rechazaron el traslado de los restos de sus allegados. En la ceremonia de inauguración en abril Franco elogió ante miles de excombatientes el heroísmo de «nuestros Caídos» en una «Cruzada» contra la «anti-España», que fue «vencida y derrotada, pero no está muerta». Un discurso «triumfal y vengativo» (Preston 1998: 843) repetido en el mensaje de fin del año 1959, cuando el dictador volvió a justificar la guerra y a poner su victoria como la clave de legitimación de todo el sistema político (Welles 1959).

¿Qué había ocurrido para que en solo veinte años un símbolo de la derrota nazi como Eisenhower saludara y agradeciera tan efusivamente a algunos de los viejos amigos y colaboradores de Hitler? ¿Qué había cambiado tanto para que la exaltación y la monumentalización de la victoria en la Guerra Civil española, a la que siguió una represión generalizada durante casi una década, pasara a ser algo aceptable para las democracias occidentales victoriosas en la Segunda Guerra Mundial? Sabemos que la evolución del contexto geopolítico, con el inicio de la Guerra Fría, resultó decisivo para la supervivencia de la dictadura de Franco, pese a la hegemonía de los sistemas democráticos liberales en la Europa occidental, incluidas las derrotadas Alemania e Italia. Sabemos también que el régimen franquista supo adaptarse a esas cambiantes circunstancias internacionales, manteniendo un equilibrio inestable entre las fuerzas que habían formado la coalición contrarrevolucionaria, combinando transformaciones profundas con meros retoques formales amplificadas por la retórica vacía del lenguaje oficial (Sánchez Recio 2008). Pero no se puede entender la evolución del régimen en términos de mera supervivencia y respuesta estratégica a las presiones externas, ni de mera manipulación por una propaganda que ocultaba la realidad. Los dirigentes franquistas eran presos del mismo lenguaje que habían creado, y detrás de sus proyectos políticos y de institucionalización del sistema había configuraciones ideológicas bien definidas y claramente operativas, de manera que aquellos no pueden desligarse de estas sin el riesgo de que resulten ininteligibles (Muñoz Soro 2013).

Por eso mismo tampoco puede hablarse de rupturas en la evolución de la dictadura, a pesar de la importancia de las transformaciones económicas y sociales producidas a lo largo de sus casi cuarenta años de existencia. Los años cincuenta no marcaron un partaguas entre una dictadura retrógrada, reaccionaria y antimoderna, y otra autoritaria, desarrollista y modernizadora: fueron más bien un «decenio bisagra» en

la larga marcha hacia una modernidad autoritaria y antiliberal, una vía o *Sonderweg* español hacia el neocapitalismo (Hofmann 2023: 408-9). En ese decenio culminó la transición hacia un régimen que ya no se podía llamar propiamente fascista, por más que preservara palabras, símbolos, ceremonias, instituciones, organizaciones y, por supuesto, un personal político que pertenecía a la época histórica del ascenso del fascismo.

No ha habido empresa en que más tinta haya consumido la politología y la historiografía españolas que el intento de definir la naturaleza del régimen de Franco, aunque si el franquismo hubiera acabado en 1945 nadie dudaría de su carácter fascista. A partir de los años sesenta los esfuerzos del régimen para autodefinirse, presentándose como un régimen tan legítimo y «normal» como los de su entorno europeo, pero justificando su evolución en nombre de una «adhesión inquebrantable» al «espíritu del 18 de julio» (de 1936), coincidieron con el interés de las emergentes ciencias políticas, sociológicas y económicas, y de una renovada historiografía contemporaneísta. Ya entonces las interpretaciones divergieron. Por un lado, quienes negaban la condición de fascista de la dictadura militar, donde Franco ejercía su poder arbitral entre varias «familias» políticas, o al máximo la restringían a la influencia del partido único Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (FET y de las JONS), consideraban determinante la hegemonía ideológica de la Iglesia católica y desde el paradigma del atraso español veían insuficientes las condiciones para el surgimiento de un fascismo moderno (Payne 1965; Tusell 1988).

Por otro lado, quienes propugnaron la categorización del franquismo como fascismo pensaban que había ofrecido una respuesta a la crisis política, social y económica, «contagando» y radicalizando con la modernidad de sus propuestas y su capacidad para la movilización de las masas a las derechas católicas tradicionales. Una interpretación funcionalista de raíz marxista que veía en el fascismo una política y una práctica de coaliciones reaccionarias encaminada a destruir el movimiento obrero organizado, el socialismo y el parlamentarismo, y ponía el foco en su periodo fundacional: la Guerra Civil y la inmediata posguerra (Casanova 1992). Como el propio franquismo se encargó de pregonar en numerosas ocasiones, en ningún caso había sido una «dictadura comisarial» o excepcional –según la terminología de Carl Schmitt– nacida solo para restaurar un supuesto orden en peligro, sino la de una «dictadura constituyente» que daba lugar a algo distinto a todo lo anterior. Un Estado

Nuevo con voluntad de totalidad tras el «año cero» marcado a sangre y fuego en el calendario.

La propuesta más influyente fue la del politólogo Juan José Linz, publicada por primera vez en 1964, que consideraba al franquismo como un paradigma de régimen autoritario con «pluralismo limitado». Es decir, sin una ideología elaborada, al máximo con una prosaica mentalidad conservadora y católica, carente de una movilización política intensa o extensa, excepto en los primeros momentos de su evolución –pues lo característico de los regímenes autoritarios sería favorecer una cierta apatía y desmovilización– y en el que un líder y un grupo reducido ejercían el poder dentro de límites formalmente mal definidos, pero de hecho bastante predecibles (Linz 1978). El papel secundario jugado por el partido único FET y de las JONS, y su subordinación al poder militar, lo diferenciaría del fascismo «puro» (Domper Lasús y Ponce Alberca 2023). La tesis de Linz abrió una larga polémica y de aquellos debates surgió un enorme abanico de propuestas para su definición, recurriendo a las aportaciones de la sociología clásica y marxista (Weber, Althusser, Poulantzas): régimen totalitario, fascista, reaccionario, autoritario, conservador, nacionalista, nacionalcatólico, oligárquico, autocrático, cesarista, bonapartista, bismarckiano, kemalista, dictadura militar, militar-eclesiástica, modernizadora, empírico-conservadora, constituyente, capitalista de excepción y un largo etcétera. Definiciones bastante compatibles en realidad, al ser parciales y destacar solo uno de los varios componentes –ideológico, político-institucional, funcional– del sistema.

Las perspectivas culturalistas más en boga entre los fascistólogos/as de los últimos años han subrayado la autonomía del fascismo como un movimiento revolucionario de masas, proyectado en su voluntad de poder, con un programa ideológico palingenésico y modernizador basado en la violencia y la dinámica de pertenencia-exclusión de la comunidad nacional. Por tanto, no podría interpretarse, o no solo, como una respuesta a la crisis del periodo de entreguerras. Sin embargo, al mismo tiempo ha crecido el consenso en torno a la idea de un «fascismo genérico» por encima de las distintas vías nacionales adoptadas, que sumó la obsesión regeneracionista al proyecto de una comunidad nacional unificada, no tanto en la dialéctica amigo-enemigo teorizada por Carl Schmitt en *El concepto de lo político* (1932), sino más bien en la exclusión del enemigo vencido que supone la doctrina de la «guerra justa» y la negación anticomunista, antidemocrática, antiliberal y antiintelectual (Payne

1983; Griffin 1993; Gentile 1993; Eatwell 1996; Kallis 2000; Paxton 2005). La violencia fundacional y su potencial político como amalgama social sería el factor que distingue, por encima de cualquier otro, la experiencia histórica del fascismo (Lyttelton 1973).

Pero no es tanto el debate sobre la naturaleza del fascismo lo que me interesa traer aquí, sino la cuestión de la transición de régimen, mucho menos estudiada por la historiografía hasta fechas recientes. El proceso de fascistización sería el resultado de la coyuntura excepcional de la guerra y la alianza con las potencias del Eje, que terminaría con el consiguiente proceso de «desfascistización» después de 1945. Desde esa fecha la dictadura evolucionó para adaptarse a las cambiantes circunstancias internacionales a través de una dinámica interna, al mismo tiempo de colaboración y rivalidad, entre culturas políticas nacionalistas anteriores a la guerra (Saz 2003). Por un lado, el proyecto falangista con su voluntad de movilización política y de asimilación del pasado secular en una síntesis superior, algo muy fascista, que contó además con el apoyo de una parte del catolicismo político. Por otro lado, la derecha monárquica y tradicionalista más vinculada a la jerarquía católica, para la cual la guerra señalaba también un punto de partida, pero no para un proyecto revolucionario, sino para retomar la senda histórica abandonada tras la llegada de las influencias extranjerizantes y secularizadoras. Una derecha reaccionaria, pero que ya había dado el paso a la aceptación de la ética capitalista y a la utopía de una modernidad autoritaria (Hofmann 2023).

A este enfoque dialéctico se ha opuesto otro que pone más el acento en la unidad constitutiva y constructiva del fascismo español, que habría llevado en el curso de la guerra a la síntesis de elementos doctrinarios muy distintos. El primero de ellos, la catolicidad esencial de lo español, junto a la unidad nacional y la hispanidad (Gallego 2014). Este enfoque interpreta igualmente la derrota del Eje en 1945 como un parteaguas histórico; aun así, la evolución de la dictadura no sería tanto el resultado de un rápido abandono del fascismo, como el potencial de este para adaptarse a los cambios en la situación internacional, las transformaciones socioeconómicas y el relevo generacional gracias a su amplio repertorio doctrinal y estratégico. No hay que olvidar el carácter cultural y políticamente híbrido de la dictadura, un sincretismo que permitió a su base social hacer propio un conjunto de ideas-fuerza que resultaban de la fusión de elementos autoritarios, reaccionarios, fascistas y clericales (Sanz Hoya 2013). Debatir sobre la naturaleza del franquismo

sería hacerlo también sobre el fascismo, sobre cómo este logró los apoyos necesarios para conquistar el poder y el consenso social para conservarlo.

Es en este horizonte de la evolución o transición de régimen en el que propongo la utilidad del concepto «posfascista». Si el fascismo «histórico» pereció bajo las bombas en 1945, obviamente no desapareció por completo en algunas de sus formas políticas, institucionales, emocionales e incluso psicológicas. Sin embargo, a diferencia de la caracterización de los sistemas «poscomunistas» después de 1990, no ha sido prácticamente usado como marco académico de interpretación. La continuidad de las élites políticas y el personal estatal, las resistencias y dificultades en el complejo cambio institucional, la censura y el clientelismo, la apatía y los efectos en las mentalidades que han sido señalados para los países de la esfera de influencia soviética después del comunismo (Yoder 1999; Magyar y Madlovics 2023; Aleksiéovich 2015) se encuentran igualmente en las transiciones después del fascismo. Aun así su estudio historiográfico o politológico es reciente y se ha utilizado sobre todo como denuncia de las herencias de la dictadura y sus consecuencias en una baja calidad democrática.

El concepto de «posfascismo» sirve para caracterizar el tránsito de una dictadura con ambición totalitaria en la inmediata posguerra, hacia otra autoritaria que conservaba muchos rasgos, instituciones y una legitimación de aquella fase fundacional, pero que fue avanzando hacia una mayor institucionalización, seguridad jurídica y cierta apertura informativa. Un tránsito que nos dice mucho sobre la naturaleza del fascismo y sus insospechadas posibilidades de sobrevivir en circunstancias históricas completamente cambiadas, aunque la masiva y sistemática violencia partera se fue haciendo con el tiempo más preventiva y dosificada, pero nunca renunció a ella a lo largo de su existencia. Por tanto, el término no se utiliza aquí para describir a los movimientos políticos «neofascistas» nacidos después de 1945, liderados por muchos de los protagonistas y militantes activos en la fase del fascismo histórico, en particular de la experiencia radical de la República Social Italiana (Tarchi 1995).

Tampoco se refiere a las organizaciones de la derecha radical surgidas después, a partir de la década de 1960 y sobre todo de 1980, en un contexto histórico totalmente diferente y que, por tanto, no pueden definirse en comparación directa con el fascismo «clásico», aunque este siga aportando una memoria fundacional para muchas de ellas. No son fascistas, ni

totalmente distintas, pues el concepto de fascismo es transhistórico y debe ser entendido tanto en términos cronológicos como políticos, trasciende el tiempo en que apareció y puede ser utilizado con el fin de aprehender nuevas experiencias que están conectadas con el pasado a través de una tela de araña de continuidades temporales. Las comparaciones históricas deben establecer analogías y diferencias, más que repeticiones, en aspectos como su actuación dentro de instituciones democráticas, sus nuevas expresiones de anticomunismo, xenofobia y populismo nacionalista, su recurso a las supuestas conspiraciones y manipulación informativa, en particular en las redes sociales, o su escasa ambición utópica en esta era posideológica (Traverso 2000). No posee, en otras palabras, un «horizonte de expectativas» (Koselleck 1979) comparable al proyecto fascista de crear una civilización y hombre nuevos.

Otros autores/as han subrayado las diferencias entre fenómenos políticos que surgen en coyunturas históricas tan distintas que los hace comparables solo en apariencia o muy parcialmente, más allá el uso del adjetivo «fascista» utilizado como arma política simplificadora, rechazando explícita o implícitamente la idea de un «fascismo eterno», como lo denominó Umberto Eco (1995; Gentile 2019; Forti 2021; Rodrigo y Fuentes 2022). Sí han existido redes de activistas que contribuyeron a movilizar a una comunidad transnacional neofascista y a ligarla a las experiencias recientes, un «posfascismo» a ambos lados del Atlántico que ha renovado el interés por la genealogía histórica de estos movimientos. Alguno de ellos tiene una larga trayectoria, como el neofascismo italiano surgido de las ruinas de la inmediata posguerra, otros nacieron en una coyuntura histórica distinta, de la crisis de los Estados de bienestar y el derrumbe del comunismo en los años ochenta del pasado siglo, y se han consolidado y evolucionado tras varias décadas, como el Frente Nacional francés. En el caso español el partido Vox se ha creado recientemente como escisión radical del conservadurismo de las derechas tradicionales del Partido Popular (PP), con una nueva generación de militantes cronológicamente muy lejanos de la ultraderecha surgida durante la transición a la democracia, pero que siguen vinculados políticamente a la visión nacionalista monolítica y excluyente heredada del franquismo. La actual multiplicación de los productos literarios, televisivos o cinematográficos sobre distopías totalitarias (Di Minico 2018) es un reflejo del clima de incertidumbre, en un momento de quiebra de la racionalidad moderna y crisis de las democracias que nos impulsa

a mirar, una vez más, al fascismo como experiencia política de la que aprender de cara al futuro.

El concepto de «posfascismo» que propongo aquí es una definición de régimen, aunque comparte con esos movimientos su naturaleza «estrábica» entre la nostalgia del pasado y las demandas del presente. En este sentido, su término de comparación se encuentra más con las dictaduras militares impuestas en América Latina entre los años setenta y ochenta del siglo XX, las cuales constituyeron un puente de ideas y de prácticas políticas y represivas entre ambos momentos históricos, también a través de la colaboración y las redes organizativas transnacionales.

El Leviatán franquista

El Estado franquista se convirtió en el *Leviatán* soñado por el fascismo, realización ideal del espíritu histórico de la nación, sin ninguna clase de separación de poderes que limitara el derecho del soberano, como había teorizado Hobbes, mientras las oligarquías terratenientes y urbanas, de la banca y la industria volvían a patrimonializar algo que siempre habían considerado como suyo (Moya 1984). También la jerarquía católica aprovechó la oportunidad histórica de la guerra para que el Estado llevara a cabo su «reconquista» religiosa de la sociedad, a cambio de someterse en lo posible –lo que llevaría a problemas más adelante con un Vaticano en proceso de *aggiornamento*– hasta convertirse en un aparato paralelo casi funcional. Todo ello controlado por el ejército y el poder absoluto del general Franco, sin mecanismos de mediación o contrapeso. A la altura de 1939 ningún otro gobernante europeo acumulaba un poder semejante.

La crisis política de mayo de 1941, con la caída de Ramón Serrano Suñer, y obviamente la derrota de las potencias del Eje en 1945 dejaron claro al partido único y sus organizaciones la imposibilidad de hacerse con «todo» el poder aprovechando el curso de la II Guerra Mundial, y determinaron su relativo ostracismo, pero en ningún caso su liquidación «honrosa» como habían solicitado algunos dirigentes (Morente 2006). Más bien implicó una readaptación destinada a separarse del tronco del totalitarismo fascista e incrementar su grado de identificación con el resto de los grupos de la coalición autoritaria, lo que significaba una renuncia al programa de máximos, aunque esto no dejaba de resultar coherente con su propia doctrina accidentalista y oportunista. El Estado

franquista garantizaba al falangismo el cumplimiento de su mínimo ideológico, así como su participación en el reparto de poder, algo que vistas las imágenes de lo que había ocurrido en Italia y Alemania en 1945, resultaba más que suficiente como recompensa (Sesma Landrin 2012). No monopolizó el poder,

sin embargo, ningún otro grupo individualmente considerado tuvo más representantes que la Falange; a ningún otro grupo le fue permitido ni siquiera mantener su estructura anterior a la guerra, su nombre ni sus símbolos y publicaciones, y no digamos ya proyectarlos sobre la sociedad como lo hizo la Falange a lo largo del régimen de Franco (Ellwood 1984: 113).

Además, siempre detuvo un monopolio sobre la construcción simbólico-ideológica del franquismo (Box 2010).

La existencia del partido único fue un contrapeso a otros medios de acceso al gobierno, de manera que FET y de las JONS consiguió asegurar su posición como fuerza dominante dentro de la nueva élite franquista y, a través de ella, ejercer su influencia en la sociedad. El análisis comparativo realizado por Costa Pinto (2012) destaca que el régimen español, respecto al salazarismo portugués y a los fascismos italiano y alemán, se distinguió por el predominio del Ejército (nada menos que el 41,2% de todos los ministros fueron militares, frente al 26,7 de Portugal, 8 de Italia y 10,8 de Alemania), la cooptación de ministros entre juristas y altos funcionarios de la administración (de manera semejante al salazarismo, aunque este con una abrumadora superioridad en el número de profesores universitarios), y un notable recambio generacional en el personal político. En su mayoría procedía de FET y de las JONS, principal campo de reclutamiento del gobierno durante la primera década de la posguerra, una prueba más de la intensa fascistización del Nuevo Estado. Muy por detrás venían las organizaciones confesionales como Acción Católica Española (ACE) y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), a pesar de que habían sido decisivas en la difícil coyuntura de 1945 (Jerez Mir 2009).

De hecho, el debilitamiento de la presión internacional y la consolidación del régimen franquista desde el bienio 1948-1949 dieron paso a una intensa reactivación institucional, intelectual y social del falangismo, que se prolongó al menos durante una década. La crisis de 1956-1957 con el fracaso sucesivo del impulso relegitimador «comprensivo» –como se llamó en la polémica cultural que tuvo lugar

esos años– y del proyecto de institucionalización del ministro-secretario general del Movimiento, José Luis Arrese, junto a la salida del gobierno de «camisas viejas» tan destacados como Raimundo Fernández Cuesta o José Antonio Girón, dejó muy tocadas las veleidades revolucionarias de los jóvenes falangistas, cuyo desencanto les llevó en muchos casos a la oposición antifranquista. Entonces se abrió una etapa en la que el desarrollo político-institucional iría en una dirección distinta a la que defendía el partido único, mientras sus organizaciones de masas, en especial la Organización Sindical Española (OSE) y la Sección Femenina, entraban en cierta decadencia. Aun así, Falange siguió ocupando un espacio de poder considerable y contrarrestó su decreciente influencia política con una retórica de marcado tono populista y demagógico, en intenso antagonismo con los aliados/rivales dentro de la coalición gubernamental, los católicos monárquicos. Por más que esa retórica hoy nos pueda parecer vacía, cumplió una función de cemento identitario y ofreció un amplio repertorio operativo para esa rivalidad dentro del poder, en ausencia de otros mecanismos de representación política, más todavía después del alejamiento de algunos de sus más destacados intelectuales.

Así, el discurso de la «revolución pendiente» mostró esa característica ambigüedad de los mensajes populistas, emitidos desde posiciones de poder al mismo tiempo que lo critican, en una permanente tensión rota solo en ocasiones (por ejemplo, por algunas revistas del Sindicato Español Universitario, SEU, rápidamente censuradas cuando la disidencia superaba ciertos límites tolerados). El propio Franco, en su discurso de clausura del segundo Congreso Sindical en marzo de 1962, declaraba:

Vivimos una revolución, y no lo podemos olvidar. Por lo tanto, no tiene que preocuparnos el que nos desfasemos con otras naciones o con el sentir de otros países de Europa, apegados a sus viejos sistemas, porque estamos haciendo una revolución: una revolución en España y, sin duda, una revolución en Europa (ABC, 11/3/1962).

Y estas cosas las decía nada menos que en una coyuntura política marcada por la solicitud de apertura de conversaciones con el Mercado Común Europeo.

Franco era el líder indiscutible del partido único además de «Generalísimo» de todos los ejércitos, resolviendo el problema que para otros regímenes fascistas, en particular el italiano, supuso la fusión

entre la jefatura del partido y la del gobierno. Un liderazgo reforzado doctrinalmente a través de la «teoría del caudillaje», elaborada en el seno del *think tank* del Instituto de Estudios Políticos (IEP) por su director Javier Conde recurriendo al concepto weberiano de carisma a través del filtro del exsindicalista revolucionario italiano Sergio Panunzio. Y relaborada después de 1945 renegando de sus anteriores veleidades totalitarias –el «cesarismo plebiscitario»– para engarzarlo históricamente con la «tradición viva de su pueblo» y conducirlo «hacia un modo cristianamente racional de autoridad y representación» (Moradiellos 2016; Saz 2012). Mientras tanto los medios de propaganda fueron construyendo un mito alrededor de Franco (Zenobi 2011), y desde 1947 su rostro aparecía en las monedas junto al lema «Caudillo de España por la gracia de Dios». Con el paso de los años ese mito iría adquiriendo otros contenidos que hacían hincapié en la estabilidad y el orden representado por Franco, en un proceso inevitable de «rutinización» del carisma (Weber), al mismo tiempo se hacía cada vez más apremiante solucionar el tema de la sucesión ante la paradoja de que «el caudillaje ha de tener sucesión, pero no tiene sucesores», como tantas veces se escribió entonces.

La dinámica de colaboración-competencia en el seno de esa coalición y sus distintas visiones acerca de lo que debía ser la dictadura explican que Franco limitara hasta los años sesenta la configuración institucional del régimen a unas pocas leyes fundamentales, en realidad sin ningún contenido sustantivo, a diferencia del Estado Novo portugués, constitucionalmente definido desde 1933 (Jiménez Redondo 2021). Una precariedad jurídico-política que se revelaría como una ventaja, al permitirle adaptarse a los cambios en el escenario internacional. Así, tras el Fuero del Trabajo de 1938 –una trasposición del corporativismo italiano y del *führerprinzip* nazi teñida de catolicismo, que imponía el sindicalismo vertical y prohibía la huelga–, la Ley Constitutiva de las Cortes de 1942, la Ley de Referéndum Nacional de 1945 y la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado de 1947, frente a lo que pudiera parecer por sus enunciados, no solo no definían un marco institucional que limitara el poder del «Caudillo», sino que reafirmaban su control absoluto sobre el aparato estatal.

El Fuero de los Españoles de 1945, utilizado para maquillar el régimen español ante los Aliados, establecían un confuso catálogo de libertades individuales sin ninguna clase de garantías jurídicas y sometidas a tales restricciones que quedaban anuladas de hecho, al igual que ocurría

con la retórica y vacua Ley de los Principios del Movimiento Nacional de 1958. La última ley fundamental, la Ley Orgánica del Estado de 1967, que en teoría venía a dar forma al lema «después de Franco, las instituciones», solo aportó como novedad la separación entre las jefaturas del Estado y del Gobierno, la figura del heredero de la Corona, sin mayor concreción sobre su persona, y otra no menos vaga alusión a los derechos de asociación o libertad religiosa, tímida recepción del Concilio Vaticano II bajo la apariencia de un principio de legalidad. Sin embargo, como escribió entonces Elías Díaz (1966: 13), la dictadura era un Estado «con» derecho, pero en modo alguno un «Estado de derecho», porque este consiste en el imperio de la ley entendida como expresión de la voluntad general. Al final, paradójicamente, la única ley fundamental que realmente tuvo consecuencias reales, al permitir una modificación sustancial de la naturaleza del régimen, sería la Ley para la Reforma Política de 1977 aprobada tras la muerte de Franco, base del modelo español de transición «de la ley a la ley».

La Iglesia católica fue la única institución social que permaneció fuera del Estado, considerada como una «sociedad jurídicamente perfecta» respecto a este, tal y como la había definido Pío XII. En la antes citada tesis de Linz la Iglesia juega un papel decisivo como instancia legitimadora del régimen político, pero al mismo tiempo como freno a sus ansias totalitarias de los primeros años al limitar la expansión estatal y preservar áreas de autonomía de la sociedad. Sin embargo, durante al menos dos décadas, la Iglesia mantuvo una relación simbiótica con el Estado tanto a nivel funcional, al recuperar una posición de privilegio social y monopolio educativo, confirmada por el Concordato de 1953, como a nivel ideológico, desde el discurso de la santa «Cruzada» a la sacralización de la unidad sustancial entre nación española y catolicismo. La defensa por la jerarquía eclesiástica de «su» libertad no debe confundirse con propugnar «la» libertad en general, un malentendido que se repite al interpretar sus reticencias ante las manifestaciones más radicales del estatalismo paganizante de las religiones políticas. Pero en ningún caso ello supuso renunciar al poder del Estado, incluso más allá de lo que da a entender el enfoque althusseriano de los aparatos ideológicos y las funciones parapolíticas desempeñadas por las organizaciones religiosas en los regímenes autoritarios. En la España de 1939 se trataba nada menos que de instaurar el «reino de Cristo» en la tierra, un verdadero «totalitarismo divino» en palabras del cardenal primado Gomá (Botti 2012). La Ley de

Principios del Movimiento Nacional de 1958 reafirmó en su artículo II que «la nación española considera como timbre de honor el acatamiento de la Ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación»⁽²⁾.

Habría que esperar al Concilio Vaticano II, con su reinterpretación del lugar de la Iglesia en el mundo contemporáneo y su doctrina a favor de la libertad política y sindical y los derechos humanos. Solo a partir de entonces, pese a las resistencias del episcopado español omnipresente en las Cortes y demás instituciones estatales, ciertos sectores de base de la comunidad eclesial y laica comenzaron a ejercer una función «tribunicia» –en referencia a los tribunos de la antigua Roma– al aprovechar su situación de privilegio para acoger y mediar en algunas demandas que llegaban de la sociedad civil, en particular desde el movimiento sindical, estudiantil o vecinal (Guy Hermet 1986; Díaz Salazar 2006). El encierro de más de quinientos estudiantes, profesores e intelectuales en el convento de los capuchinos de Sarriá en Barcelona entre los días 9 y 11 de marzo de 1966, la llamada *Caputxinada*, con motivo de una asamblea del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB), marcó un hito que culminaría con la formación del primer organismo unitario de la oposición antifranquista en noviembre de 1971, la Asamblea de Cataluña.

Una modernidad autoritaria

Se ponga énfasis más en el fascismo constitutivo o más en la fascistización de las derechas conservadoras, la dialéctica entre Partido y Estado, con la identificación de sus respectivas prácticas y culturas políticas, formó parte del proceso de construcción de todos los fascismos una vez en el poder. En el franquismo coexistieron elementos claramente reaccionarios, ligados a un pensamiento católico tradicionalista y antiilustrado, junto a otros vitalistas, románticos e irracionistas, u otros regeneracionistas y modernizadores, pero todos ellos compartieron un ideario contrarrevolucionario, antiliberal y antisocialista. El fascismo

(2) *Leyes Fundamentales del Reino*, Madrid, Biblioteca Oficial Legislativa 237, Instituto Editorial Reus, 1975.

defendió la supremacía de lo político en una constante movilización de las masas, aunque rechazó los mecanismos de representación democráticos y ofreció otros alternativos, como el corporativismo o la llamada «democracia orgánica». Pero el fascismo tuvo también un componente tecnocrático y racionalizador, que tuvo su horizonte en la modernidad capitalista, aunque fuera desde un sistema intervencionista y autárquico en lo económico (como también lo fueron, en gran medida, las democracias liberales tras la Gran Depresión). Si el mediador de la representación política era el partido único, el encargado de concebir y ejecutar esos proyectos modernizadores que debían poner las bases materiales del renacimiento patrio era el Estado, con la continuidad de su personal y sus equipos técnicos.

Después de 1945 los movimientos neofascistas trataron de recoger la antorcha del partido en las nuevas reglas del juego político, que los prohibía, marginaba o, como mucho, dejaba en una posición minoritaria. Mientras tanto, el Estado se preservó como clave de permanencia, de orden y bienestar ante el desafío del comunismo. Gran parte de su personal transitó con pocos o ningún problema, una vez dejados de lado los primeros impulsos depuradores, hacia las estructuras de los nuevos estados democráticos en sociedades poco interesadas en volver la vista al pasado (La Rovere 2008). Algunos de los protagonistas del diseño de los planes económicos en la Europa de posguerra, cuando el crecimiento se convirtió en un credo universal, habían comenzado sus trabajos bajo los regímenes fascistas en Alemania, Italia o la Francia de Vichy (Mazower 2001; Judt 2005). Entre ellos se encontraba el administrativista alemán Ernst Forsthoff, discípulo de Carl Schmitt, quien había teorizado en 1938 las condiciones y formas de legitimación del Estado en la era de la modernidad industrial (Hofmann 2023: 90-91). Junto a Marcelo Caetano, autor del Código Administrativo portugués de 1940 de inspiración corporativa, fue una de las referencias teóricas de Laureano López Rodó y su proyecto de reforma hacia un Estado administrativo autoritario, en lo que consideraba una incipiente era posdemocrática y posideológica que iba a organizarse sobre los principios de la racionalidad científica (Jiménez Redondo 2007; Cañellas Mas 2011). La Ley de Régimen Jurídico de la Administración del Estado que entró en vigor en julio de 1957 suponía nada menos que la codificación, por primera vez, del estado de excepción creado en 1939, mientras que la Ley de Procedimiento Administrativo se aprobó exactamente un año más tarde en nombre del

«Estado social de Derecho», en el que el bienestar de los «administrados» ocupaba el lugar de los derechos fundamentales de los ciudadanos (Hofmann 2023: 134). De un «Estado de medidas» se pasó a otro de «normas» (Chuliá 2001).

Gracias al apoyo de la «eminencia gris» del franquismo, el almirante Carrero Blanco, desde Presidencia del Gobierno (Tusell 1993), los perfiles técnicos –en los que la formación académica primaba sobre el *cursus honorum* político– fueron ocupando un espacio decisivo en el gobierno en medio de la crisis política y económica del bienio 1956-1957. Un relevo que coincidió, no por casualidad, con el final abrupto en 1956 de la polémica cultural que había visto a algunos de los principales intelectuales del falangismo de posguerra alineados con un sector del catolicismo político de la ACE y con los «rebeldes» jóvenes universitarios del SEU. Aquella experiencia fallida para renovar las bases de legitimidad del régimen mediante un desarrollo político de las formas de representación orgánica, un avance social que incorporara la doctrina de la Iglesia al respecto y una apertura cultural que integrara, aunque de manera parcial e instrumental, la cultura derrotada de los vencidos y exiliados, coincidió con otro fracaso, tampoco por casualidad. El del proyecto del ministro José Luis Arrese en febrero de 1957 para conferir un sesgo falangista a la institucionalización del régimen, al situar en su cúspide al Partido-Movimiento.

La llegada de los llamados «tecnócratas», entre ellos Laureano López Rodó, secretario general técnico de la Presidencia del Gobierno y los economistas Mariano Navarro Rubio y Alberto Ullastres en las carteras de Hacienda y Comercio, puso en marcha un proceso de reforma administrativa y de apertura económica que culminaría con el Plan de Estabilización de 1959 y se extendería los años sesenta y primeros setenta con los planes cuatrienales de desarrollo. Para ello contó con el asesoramiento y la ayuda del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE), y con modelos como los planes de desarrollo llevados a cabo en Alemania, Italia y, en particular, la «planificación indicativa» de la V República Francesa. Esos modelos tenían en común una idea muy apreciada por el franquismo, pues de hecho estaba ya en su antiguo repertorio doctrinal: la de una «tercera vía» del capitalismo dirigido por el Estado, a medio camino entre el individualismo liberal-democrático y el colectivismo socialista (Hofmann 2023: 105).

Es verdad que la razón tecnocrática expresada mediante un lenguaje más secularizado, que rehuía las referencias a los mitos fundacionales de la dictadura y hacía énfasis en conceptos como gestión, eficiencia o desarrollo, suponía ruptura con el discurso falangista originario joseantoniano y con la propia teología nacionalcatólica, para la que no había conciliación posible con la modernidad materialista, relativista y atea (González Cuevas 2007). La aceptación de la modernidad económica capitalista tomada del paradigma norteamericano de la modernización (Rostow y su *The Stages of Economic Growth*, publicado en 1960) permitió una nueva «legitimidad de ejercicio», según la terminología weberiana, es decir, proyectada hacia el futuro y representada por lo que el siguiente ministro Gonzalo Fernández de la Mora denominó el «Estado de Obras», en medio de un «crepúsculo de las ideologías» que él mismo formuló en 1965 copiando a Daniel Bell. Aun así, fue compatible con preservar la «legitimidad de origen» del régimen nacido de una guerra «justa y necesaria». El ministro Alberto Ullastres afirmaba en junio de 1962 que existía «una única alternativa: el régimen nacionalcatólico o el comunismo» (Díaz Salazar 1981: 22), mientras que un López Rodó a la defensiva hablaba en Cortes durante la exposición del segundo Plan de Desarrollo en febrero de 1969, que este se basaba en «el modo nuevo de entender España, que arranca el 18 de julio de 1936» y que «se equivocan los que quieran relegarla al olvido [...] La experiencia de 1936 es el severo aviso de que no se debe tropezar dos veces en la misma piedra» (Hofmann 2023: 340). De lo que se trataba era de garantizar la permanencia del régimen en un futuro sin Franco.

Ese proceso de racionalización del Estado sin política se encontró con la resistencia de Falange que, a su vez, esgrimió la necesidad de un «desarrollo político», eje de su actuación durante ese largo final de la dictadura. En sus órganos de prensa, en el seno de sus organizaciones y en el Consejo Nacional del Movimiento el debate interno sobre las asociaciones políticas y la puesta en marcha de un limitado sistema de participación no avanzó, como era previsible, encerrado en una logomaquia desconectada de la realidad y una discusión de esencialismos trufada de fidelidades inquebrantables (Molinero e Ysàs 2008). A los «camisas viejas» como José Solís Ruiz, delegado nacional de Sindicatos desde 1951 y ministro-secretario general del Movimiento desde 1957, encargado de compatibilizar el neoliberalismo económico con la permanencia de algunas de las viejas estructuras corporativas del

sindicalismo vertical, se sumaron las nuevas cohortes de una Falange burocratizada y que no habían participado en la Guerra Civil. De estas formaba parte Manuel Fraga Iribarne, nombrado ministro de Información y Turismo en 1962, factótum dos años después de la campaña de propaganda «25 años de paz española», promotor del turismo de masas bajo el eslogan *Spain is different* y de una nueva Ley de Prensa e Imprenta (LPI) en 1966. Esta trataba de agilizar el mecanismo farragoso de la censura previa previsto en la totalitaria ley de 1938, pensada para una situación de excepcionalidad bélica y que, sin embargo, estuvo vigente 28 años. Y es verdad que supuso una relativa apertura que no dejó de ser aprovechada por la oposición, de manera que el resultado final fue una multiplicación de los expedientes, sanciones y secuestros de publicaciones, además de centenares de acusados y acusadas por delitos de opinión ante el Tribunal de Orden Público (TOP).

La LPI creaba un nuevo marco jurídico para hacer posible cierto diálogo entre los distintos grupos de la coalición franquista, en otro intento por renovar el consenso social en torno al régimen, pero tuvo otro efecto indeseado al explotar el llamado «caso Matesa» –un caso de corrupción con ayudas estatales a la exportación– en el verano de 1969, precisamente el de ahondar las diferencias dentro del gobierno entre el equipo de López Rodó y los ministros, dirigentes y publicistas falangistas, con Emilio Romero a la cabeza desde el diario *Pueblo*. Las acusaciones conspiranoicas contra los tecnócratas por pertenecer varios de ellos al instituto religioso del *Opus Dei*, descrito como una especie de «mafia blanca», formó parte de ese discurso útil para mantener posiciones de poder e influencia social, junto al manido desarrollo político y social. Como bien señala Hofmann (2023: 266), era también una respuesta a los problemas generados por la creciente contestación política, obrera, estudiantil e incluso religiosa, en lo que puede ser definido como una «crisis de hegemonía» del franquismo (Gramsci 1975). Pero más allá de su uso y abuso como arma de ataque, la adscripción al *Opus Dei* sí que era relevante, porque los miembros de ese instituto religioso se mantuvieron al margen del *aggiornamento* impulsado por el Concilio Vaticano II en los años sesenta. Frente al nuevo humanismo conciliar, mantuvieron la idea de la consustancialidad entre patria y religión en la defensa del orden social bajo una pretendida asepsia ideológica, y traían consigo un proyecto de modernidad capitalista sin secularización (Botti 1992), «ahorrándose el esfuerzo crítico de la Ilustración y los combates

cotidianos y complejos de la libertad política» (Álvarez Bolado 1976). Bastaba con que la Iglesia mantuviera su situación de monopolio y que el viejo liberalismo no levantara la cabeza.

A la vez que aumentaba y visibilizaba las divisiones dentro del bloque del poder franquista, la presión desde abajo de la sociedad le obligó a seguir recurriendo a los mecanismos de represión y control social, precisamente cuando estos tenían un mayor coste de legitimidad tanto dentro como fuera de España y desmentían su pretendida imagen de normalidad (Richards 1999). En ningún momento dejó de reprimir la «subversión», como denominaba a cualquier forma de contestación, y aunque con un recurso a la violencia mucho más selectivo que en la inmediata la posguerra, procesó y encarceló a miles de personas por medio de jurisdicciones especiales como la militar o del TOP, utilizó la tortura de forma sistemática e incluso siguió aplicando la pena de muerte por delitos políticos. Así ocurrió con el comunista Julián Grimau y los anarquistas Francisco Granado y Joaquín Delgado en 1963, el libertario Puig Antich en 1974 o los cinco militantes de ETA y el FRAP ejecutados en septiembre de 1975, menos de dos meses antes de la muerte del dictador.

Las redes del activismo posfascista

La excepcional situación de España como un régimen fascista superviviente después de 1945 la convirtió en refugio y sede de muchas de las actividades del neofascismo europeo, entendiendo por este a los grupos políticos organizados procedentes del fascismo que tuvieron que adaptarse a las nuevas circunstancias tras el establecimiento de regímenes democráticos parlamentarios. En algunos casos estos aprobaron disposiciones legales para prevenir la actividad de las organizaciones neofascistas, como ocurrió en Italia, Alemania o Francia, pero al mismo tiempo se decretaron amnistías y dentro de los respectivos aparatos estatales continuó la mayor parte del personal –policía y militares, jueces y miembros de la administración de justicia, prefectos, gobernadores y cargos intermedios– procedente de los anteriores regímenes fascistas. España y en concreto en su capital Madrid fue el centro de las densas redes de activismo de nazis, fascistas y colaboracionistas huidos de varios países, de partidos neofascistas legales como el Movimiento Social Italiano (MSI), o ilegales y sediciosos en sus respectivos países, como la *Organisation de l'Armée Secrète*

(OAS) francesa, y de algunas nuevas experiencias políticas de la derecha radical. Estas redes de socialización permitirían la circulación de ideas y prácticas y, en última instancia, iniciativas de cooperación política tanto a nivel formal como informal (Del Hierro 2022).

La red que las autoridades franquistas empezaron a tejer en 1939 se fue haciendo cada vez más amplia y diversa, al integrar a miles de criminales y colaboracionistas con los regímenes fascistas de toda Europa que huían de las órdenes de arresto y los juicios por parte de los Aliados. Muchos de ellos pudieron rehacer su vida en España. Figuras importantes como los fascistas belgas Pierre Daye y Léon Degrelle, fundador del Partido Rexista en 1935 y cuya extradición solicitaron las autoridades de Bruselas repetidamente sin conseguirla; los «petainistas» Georges Guilbaud y Christian Sarton du Jonchay, quienes habían ocupado cargos en el régimen de Vichy; Otto Skorzeny, todo un mito construido alrededor de su participación en la liberación de Mussolini en 1943 y a quien gustaba presentarse como «el hombre más peligroso de Europa», conspirador fascista y agente doble a la vez que ejercía como exitoso hombre de negocios; el criminal de guerra croata y líder de la organización ultranacionalista *ustacha* Ante Pavelić; italianos como Mario Roatta, exgeneral en jefe del *Corpo di Truppe Volontarie* (CTV), el ejército enviado por Mussolini para ayudar a Franco en la guerra; Arconovaldo Bonaccorsi, conocido como “Conde Rossi” desde que protagonizó la brutal represión en Mallorca descrita por Georges Bernanos en *Los grandes cementerios bajo la luna*, y fundador en 1949 de una asociación de excombatientes (fascistas) italianos en España implicada en redes secretas anticomunistas como Gladio; Leo Negrelli, jefe de propaganda de la República Social Italiana (RSI) y editor del periódico *Voce dell’Occidente*; o Junio Valerio Borghese, comandante de la famosa flotilla Décima MAS durante la Segunda Guerra Mundial y presidente honorífico del MSI, huido a España tras un fallido intento de golpe de Estado contra el gobierno italiano en 1970 (Del Hierro 2023).

Precisamente la apertura de una oficina del MSI en Madrid en 1948, tras los buenos resultados obtenidos en las elecciones italianas de ese año, confirmaba la transformación de la ideología fascista para adaptarse al nuevo contexto nacional e internacional de la posguerra. La ciudad llegó a ser un auténtico *hub* de aquella red transnacional que fue sumando componentes y contactos con la extrema derecha europea durante las décadas de los sesenta y setenta gracias a la presencia de dos

organizaciones relacionadas con el proceso de descolonización. En 1961 nació la ya citada Organización del Ejército Secreto (OAS), opuesta a la independencia de Argelia, y tuvo su sede la organización neofascista y paneuropea Joven Europa (JE), fundada en Bélgica por Jean Thiriart como respuesta a la descolonización del Congo. Estas organizaciones van a compartir ideas-fuerza como la de una «tercera posición» entre el capitalismo individualista y el socialismo colectivista, tan utilizada en la retórica del franquismo y que pasará a formar parte del núcleo duro doctrinal del neofascismo paneuropeísta (Ruiz Carnicer 2019).

Al mismo tiempo, las autoridades franquistas ayudaron financieramente al MSI, a sus diputados, sus campañas electorales y sus órganos de prensa, entre ellos el semanario *Il Borghese* y el diario *Il Secolo d'Italia*. Como explicaba el embajador en Roma, Alfredo Sánchez Bella, en una carta a Franco, «la ayuda a los amigos es un deber, un acto de justicia y una necesidad», pero además servía a «una política de doble juego: por un lado, intentando ganar amigos y entendiéndonos con el Gobierno [italiano]; por otro, si esto fallara, creándoles la oposición en su propio territorio (parlamentaria, de prensa, de opinión en la calle, etc.)»⁽³⁾. Los «misinos» habían sido «amigos probados de la primera hora, han estado combatiendo a favor nuestro desde nuestra misma Guerra y siguen en la misma línea de combate»⁽⁴⁾. La embajada española en Roma estuvo bien informada e incluso dio cierto apoyo directo y discreto a varios planes de «rectificación» de la política italiana⁽⁵⁾. Por ejemplo, al que tuvo como protagonista al general Giovanni De Lorenzo, jefe de los Servicios de Información de las Fuerzas Armadas (SIFAR) y luego comandante de los Carabineros, un plan de intervención militar en caso de victoria electoral de los comunistas, el *Piano Solo*, en relación con la estructura Gladio de la OTAN, o el de Junio Valerio Borghese (Scoppola 1997; Ginsborg 1998).

Para los grupos neofascistas la España de Franco constituyó un importante referente político y proporcionó a todos ellos un mito positivo frente a la gran derrota: la guerra y el régimen español les recordaba que el fascismo también tenía que ver con la victoria y debían mantener la esperanza en el futuro (Del Hierro 2023). Giorgio Almirante, secretario general del MSI, habló de la «nostalgia del porvenir» para referirse

(3) Carta de Alfredo Sánchez Bella a Franco, 3/12/1962.

(4) Carta de Alfredo Sánchez Bella a José Solís Ruiz, 16/1/1963.

(5) Carta de Alfredo Sánchez Bella a Fernando M. Castiella, 22/7/1964.

a esa proyección del pasado fallido en las expectativas del presente (Tarchi 1995). No obstante la relativa heterogeneidad de esos grupos, se construyó un sentido de identidad común, de pertenencia a la misma comunidad política, apuntalada simbólicamente desde la década de los cincuenta mediante la celebración de conmemoraciones, ritos y liturgias: concentraciones en el Valle de los Caídos, misas en memoria de Mussolini, Pétain o Hitler, visitas a los lugares de la memoria en la Guerra Civil o las tumbas de los soldados alemanes o italianos en territorio español, como el Sagrario Militar Italiano de Zaragoza. Esta red transnacional estará también detrás de numerosos asesinatos y acciones terroristas llevadas a cabo durante los años de la transición a la democracia (Albanese 2017 y 2022)

El anticomunismo actuó como una potente amalgama ideológica de esos grupos pertenecientes a tradiciones políticas distintas, para los cuales España se erigía en el último bastión de Europa, el «Centinela de Occidente». En palabras del periodista italiano Giovanni Artieri, Madrid aparecía como «la ciudadela de la defensa y de la reconquista» (*Il Popolo*, 7/5/1965). El anticomunismo fue, además, un paraguas bajo el que el régimen franquista trató de encauzar el apoyo de las élites conservadoras y católicas europeas en un proyecto alternativo al de la construcción europea iniciado con el Tratado de Roma de 1957. Entre esas iniciativas destacó el Centro Europeo de Documentación e Información (CEDI), fundado en 1953 y presidido por el aristócrata Otto de Habsburgo, presidente también de la Fundación Internacional *Synthèses-Avenir* con sede en Friburgo (Moreno Juste 1998; Cavallaro 2009). Como escribía el periodista falangista Emilio Romero a los lectores italianos, España caminaba hacia el futuro reformando su sistema hacia formas más representativas, como un «autoritarismo democrático», paralelamente a otros países europeos, caso de la Francia presidencialista con De Gaulle, que evolucionaban hacia una «democracia autoritaria» (*Il Popolo*, 8/5/1965). La relevancia de tales iniciativas quedó, sin embargo, muy lejos de las expectativas iniciales.

Las autoridades franquistas mantuvieron una actitud ambigua, evitando las expresiones especialmente visibles que comprometieran su empeño por ofrecer al mundo una imagen de moderación y las buenas relaciones diplomáticas con sus aliados occidentales. Aun así, dio protección a personas y grupos, los apoyó materialmente cuando lo considero útil para sus intereses y, lo más importante, favoreció de varias maneras la existencia de un espacio de intercambio de información,

personas y medios, un lugar de aprendizaje donde lo viejo y lo nuevo se solapaban en el tiempo. Gran parte de este bagaje de ideas y prácticas pasó a las dictaduras latinoamericanas establecidas a partir de los años sesenta, y un buen número de sus dictadores visitaron España (Eiroa 2012), buscaron asilo o terminaron en ella sus días, como el argentino Juan Domingo Perón, el cubano Fulgencio Batista, el dominicano Ramfis Trujillo o el venezolano Marcos Pérez Jiménez. La coincidencia entre el discurso «desarrollista» español y latinoamericano se debió en gran parte a que bebía de las mismas fuentes, especialmente del paradigma de la modernización norteamericano, pero también gracias a contactos directos, como la acción exterior emprendida por el ministro «tecnócrata» López Bravo entre 1969 y 1973 (Henríquez 2008). A ambos lados del Atlántico se convirtió en el fundamento de una nueva legitimidad, la de unas «dictaduras del desarrollo», compatible con la legitimación política que les daba la lucha contra el comunismo y la «subversión», y con una represión brutal y escondida. Estaba claro que la lección del franquismo no había sido estéril.

Conclusiones

La dinámica evolutiva del franquismo no se puede entender sin la tensión entre las dos principales culturas políticas que conformaron la coalición en el poder, el contexto geopolítico de la Guerra Fría, con el alineamiento de España junto a las potencias occidentales, y la emergencia de una oposición interior con un creciente potencial. En 1938 el político y escritor socialista Angelo Tasca (*Nascita e avvento del fascismo*) ya advirtió de que una teoría sobre la naturaleza del fascismo no podía construirse como si este fuera un sujeto del que bastara buscar sus atributos, sino del estudio de todas sus formas, de las abiertas y larvadas, de las triunfantes y derrotadas, de un contexto histórico del que no puede ser dissociado. En ese sentido el régimen franquista aparece como un laboratorio único para estudiar la evolución de un fascismo superviviente, el único nacido de una guerra, pero no abocado necesariamente a perecer en otra.

El franquismo y el salazarismo no consiguieron plenamente su objetivo de adoctrinar ideológicamente a sus respectivas sociedades, pero sí lograron desmovilizar y despolitizar a una gran parte de esas sociedades como la mejor forma de garantizarse la aceptación pasiva de

millones de ciudadanos. En España, además, el recuerdo de la guerra civil y la amenaza de que pudiera repetirse, base de la propaganda franquista que quedó impregnada en la conciencia colectiva de los españoles incluso tras la muerte del dictador, actuó a favor de esa desmovilización social (Aguilar Fernández 2008). En ambas dictaduras la violencia fue consustancial a sus respectivos procesos de construcción de los estados autoritarios y a su mantenimiento en el tiempo, a pesar de que el marco represivo, que siempre sería sistemático y constante, tuvo que adaptarse también a una coyuntura interior e internacional muy distinta, haciéndose más controlado y selectivo (Jiménez Redondo 2021).

El lento proceso de institucionalización, modernización y apertura al exterior de la dictadura de Franco tuvo resultados contradictorios, pero sus pasos hacia una cierta liberalización en materia laboral, representación política y libertad de expresión se frustraron muy pronto por su falta de autenticidad y por las respuestas autoritarias que acabaron provocando. El desarrollo económico tuvo éxito en la rápida transformación del país, aunque con desequilibrios y dependencias que lastrarían al país durante décadas. Impulsó el surgimiento de nuevas clases medias distintas de las tradicionales, una mayoría social que debía cumplir la aspiración franquista expresada por el falangista José Luis Arrese, ministro de Vivienda, en un discurso de 1959 cuando declaró que «no queremos una España de proletarios, sino una España de propietarios» (Rodríguez López 2022). A través de esa «desproletarización» y desmovilización de las masas construyó nuevas bases de consenso hacia el régimen, lo que el sociólogo Amando de Miguel bautizó como el «franquismo sociológico», pero de aquellas nuevas clases medias surgió también una parte importante de la oposición a la dictadura.

Puede ser que el franquismo llevara a cabo la «revolución pasiva» que teorizó Gramsci, dirigida desde el poder de manera subsidiaria ante la debilidad de la burguesía y la represión del proletariado (Villacañas 2022). Sin embargo, como en el caso portugués, es discutible hasta qué medida lo hizo «a pesar» de la dictadura y gracias a su inserción en un contexto europeo occidental de crecimiento sostenido y enorme acumulación de capital, y sus consiguientes transformaciones socioeconómicas. Su tan cacareado «Estado social de Derecho» no fue sino una versión tardía e insuficiente del pacto social europeo, muy alejada del universalismo propio de un horizonte de ciudadanía jurídica, social y, por supuesto, política.

El interés desde los años sesenta por definir el franquismo estaba en gran parte motivado por la perspectiva de cambio político, en un plazo más o menos breve, que se consideraba casi inevitable tras la muerte del dictador (otra cosa eran las características que tendría ese proceso, marcado por el miedo y la incertidumbre). De hecho, la tesis de Linz respondía a esa necesidad, pues al aunar cierta apertura del sistema con un espacio de diálogo y mediación (*buffer zone*) con la oposición moderada ponía las bases para una transición pacífica a la democracia. Para Linz no podía haber transiciones desde el fascismo, al menos que no pasaran por una derrota militar: solo eran posibles desde un régimen autoritario. El problema historiográfico que se plantea entonces es el de interpretar un fascismo que no es derrotado, sino que transita hacia otro tipo de régimen.

Un proceso que plantea otras dos cuestiones metodológicas. La primera, extrayendo una lección del poscomunismo, la necesidad de no ceñirse solo al estudio de la ideología y el discurso, sino también a las prácticas, las organizaciones y la continuidad de élites tras el colapso del régimen en un periodo de rápido cambio de valores. El segundo, la exigencia de diferenciar entre posfascismo y posfranquismo. Sobre el marco cronológico de este último se ha escrito mucho, sin embargo, ¿cuál sería el del primero? ¿Las crisis políticas de 1941 y 1942, o la derrota del Eje y la fase de mayor aislamiento internacional del régimen entre 1945 y 1948? ¿O la periodización más habitual, la que marca una cesura en los años cincuenta para dar paso a un denominado «segundo franquismo», gracias a la integración en las grandes organizaciones supranacionales diplomáticas y económicas y al relevo parcial de la élite gobernante en el bienio 1956-1957? En cualquier caso, estuvo lejos de ser el proceso lineal que han descrito algunos autores (Palomares 2006), porque se trató de un proceso conflictivo y caracterizado por la adaptación desigual a factores de presión internos y externos al sistema.

El fascismo había dado una respuesta coherente a los miedos, ansiedades y expectativas de su tiempo (Ingrao 2017), pero cuando ese tiempo mudó radicalmente tras la guerra quedó como un sistema caduco, fosilizado en el pasado, para sus seguidores un objeto de «cincuenta años de nostalgia» (Tarchi 1995). Al menos el franquismo decía ofrecer una alternativa a la democracia liberal, una «democracia orgánica» evolucionada sobre las bases del corporativismo fascista, en un momento en que la crítica al modelo parlamentario que había dominado el periodo

de entreguerras se cruzó, en los años sesenta, con la nueva rebelión generacional. El franquismo posfascista combinaría la superación de las propuestas fascistas con un rechazo del mundo del presente y sus valores, echando mano de su repertorio de ingredientes nacionalistas, socializantes y populistas, y buscando definir los parámetros que debía tener una sociedad posdemocrática (Ruiz Carnicer 2014: 82). Un esfuerzo en parte paralelo al que impulsaba al movimiento neofascista italiano, donde muchos jóvenes aspiraban a superar la antítesis entre fascismo y antifascismo en nombre de una síntesis posfascista más avanzada (La Rovere 2008: 180).

El resultado fue paradójico y en gran parte fracasado, como demostraría la transición a la democracia y su evolución posterior. Los tecnócratas católicos tendrían un éxito considerable en la reforma administrativa, la incorporación de España al mercado neocapitalista global, en la operación política de la sucesión monárquica en la Jefatura del Estado (con la designación de Juan Carlos en 1969) y en poner, al menos, las condiciones para una transformación sociológica semejante a la que por entonces conocían otros países europeos. Incluso llegó a ser realidad para millones de españoles esa utopía posideológica de administrados satisfechos, apáticos y desconfiados ante cualquier cosa que sonara a política⁽⁶⁾. Sin embargo, esas transformaciones también condujeron a las nuevas generaciones de las clases trabajadoras y las clases medias, incluidos muchos hijos de los vencedores, a la concienciación política y la movilización contra el franquismo. Los tecnócratas católicos y monárquicos, ajenos a la nueva moral pública impulsada por el Concilio Vaticano II, acabarían integrando las filas del conservadurismo posfranquista, ahora junto a algunos de sus viejos rivales falangistas, con Fraga Iribarne como líder. Mientras otro sector de Falange defendía posturas inmovilistas, en lo que la prensa llamó el «búnker», un tercero formado por las levadas más jóvenes del Movimiento y encabezado por su último ministro-secretario general, Adolfo Suárez, se ponía al frente de la reforma del sistema tras la muerte del dictador.

(6) El sondeo mensual realizado por ICSA-GALLUP para el periódico *Informaciones* entre enero de 1971 y noviembre de 1973 concluía que, respecto a otros países, el porcentaje de personas politizadas en España era nueve veces menor que en los EEUU, ocho que en Gran Bretaña, cinco que en México o cuatro que en Italia (*Revista española de la opinión pública* 365-374).

El discurso político de todos ellos se secularizó, confirmando la ruptura de la *koiné* nacionalcatólica (al menos temporalmente, como se vería años después), haciendo impracticable una opción política democristiana equiparable a las que habían sido mayoritarias en la Europa de la posguerra. Quienes debían integrar sus bases habían visto en el *aggiornamento* conciliar una llamada al compromiso de la fe, pero ahora a favor de la democracia y la socialización, antes de acabar también secularizando su compromiso político, militando en partidos de izquierda y, a menudo, abandonando la práctica religiosa. Para entonces numerosos intelectuales, profesionales liberales y cuadros de la administración habían abandonado su falangismo y/o catolicismo originarios para situarse fuera de la dictadura, en diversos grados que iban de la disidencia a la oposición clandestina, pasando por el reformismo tolerado.

Ese posfascismo levantado sobre los cimientos de un terror originario no impidió en su momento que el régimen español se convirtiera en referencia para una parte de las derechas conservadoras y católicas europeas y norteamericanas, para el neofascismo que buscaba su espacio propio en la competencia electoral de las democracias occidentales, y para los regímenes dictatoriales que se impusieron en América Latina durante los años sesenta y setenta del pasado siglo. Un modelo para dictadores en activo como el chileno Augusto Pinochet, que vieron en él la posibilidad real de un autoritarismo modernizante y neocapitalista, aceptado internacionalmente sobre el secreto a voces de una violencia brutal.

Fonte

- Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE). *Carta de Alfredo Sánchez Bella a Franco, Roma, 3 de diciembre de 1962*. Madrid, R. 29801.
« — » *Carta de Alfredo Sánchez Bella a José Solís Ruíz, Roma, 16 de enero de 1963*. Madrid, R. 29801.
- Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN), Fondo Sánchez Bella. *Carta de Alfredo Sánchez Bella a Fernando M. Castiella, Roma, 22 de julio de 1964*.
- “Franco clausura el II Congreso sindical”, *ABC*, 11 de marzo de 1962.
- Leyes Fundamentales del Reino*, Madrid, Biblioteca Oficial Legislativa 237. Instituto Editorial Reus, 1975.

Il Popolo, Roma, 7 de mayo de 1965.

« — » *Né vinti né vincitori nel domani della Spagna*, Roma, 8 de mayo de 1965. “Interés por la política y percepción política de la situación española”, *Revista española de la opinión pública*, 37 (julio-septiembre, 1974), 365-374. Welles, Benjamin (1959). “War Dead Reburial Dividing Spaniards”, *New York Times*, 6 de marzo de 1959; *La Vanguardia Española*, 2 de abril de 1959; Mensaje de Fin de Año (1959) en <https://www.rtve.es/play/videos/documentales-b-n/mensaje-franco-fin-ano-1959/2845627>.

Bibliografía

- Aguilar Fernández, Paloma (2008). *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*. Madrid: Alianza Editorial.
- Albanese, Matteo (2017). “La red del neofascismo entre España e Italia: 1960-1977”, en Javier Muñoz Soro y Emanuele Treglia, *Patria, Pan... amore e fantasia. La España franquista y sus relaciones con Italia (1945-1975)*. Granada; Comares, 217-234.
- « — » (2022). *Neofascism in Europe (1945-1989). A Long Cultural Journey*. Londres: Routledge.
- Aleksiéovich, Svetlana (2015). *El fin del «Homo sovieticus»*. Barcelona: Acantilado.
- Álvarez Bolado, Alfonso (1976). *El experimento del nacional catolicismo, 1939-1975*. Madrid: Edicusa.
- Botti, Alfonso (1992). *Cielo y dinero: el nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*. Madrid: Alianza Editorial.
- « — » (2012). “Iglesia y totalitarismo: el caso español (1936-1939)”, *Historia y Política*, 28, 31-55.
- Box, Zira (2010). *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*. Madrid: Alianza.
- Cañellas Mas, Antonio (2011). *Laureano López Rodó. Biografía política de un Ministro de Franco (1920-2000)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Casanova, Julián (1992). “La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado”, en Julián Casanova (ed.), *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*. Madrid: Siglo XXI.
- Cavallaro, Maria Elena (2009). *Los orígenes de la integración de España en Europa. Desde el franquismo hasta los años de la transición*. Madrid: Sílex.

- Chuliá, Elisa (2001). *El poder y la palabra. Prensa y poder político en las dictaduras. El régimen de Franco ante la prensa y el periodismo*. Madrid: Biblioteca Nueva-UNED.
- Del Hierro, Pablo (2022). "The Neofascist Network and Madrid, 1945-1953: From City of Refuge to Transnational Hub and Centre of Operations", *Contemporary European History*, 31-2, 171-194.
- « — » (2023). *Madrid, metrópolis (neo)fascista. Vidas secretas, rutas de escape, negocios oscuros y violencia política (1939-1982)*. Barcelona: Crítica.
- Di Minico, Elisabetta (2018). *Il futuro in bilico. Il mondo contemporaneo tra controllo, utopia e distopia*. Milán: Meltemi.
- Díaz, Elías (1966). *Estado de Derecho y sociedad democrática*. Madrid: Edicusa.
- Díaz Salazar, Rafael (1981). *Iglesia, dictadura y democracia. Catolicismo y sociedad en España (1953-1979)*. Madrid: HOAC.
- « — » (2006). *El factor católico en la política española. Del nacionalcatolicismo al laicismo*. Madrid: PPC.
- Domper Lasús, Carlos y Ponce Alberca, Julio (2023). "Political Science, History, and Dictatorships: Linz' Limited Pluralism Theory and the Late Francoist Regime in Spain", *Journal of Interdisciplinary History*, LIII-4, 599-623.
- Eatwell, Roger (1996). *Fascism: A History*. Londres: Vintage.
- Eco, Umberto (1995). *Eternal Fascism*. Nueva York: The New York Review of Books.
- Eiroa, Matilde (2012). "Acción exterior y propaganda. Las visitas de líderes latinoamericanos a Franco", *Latinoamérica. Revista de estudios Latinoamericanos*, 54, 111-134.
- Ellwood, Sheelagh (1984). *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*. Barcelona: Critica.
- Fernández de la Mora, Gonzalo (1965). *El crepúsculo de las ideologías*. Madrid: Rialp.
- Forti, Steven (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI.
- Gallego, Ferran (2014). *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*. Barcelona: Crítica.
- Gentile, Emilio (1993). *Il culto del Littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*. Roma-Bari: Laterza.
- « — » (2019). *Quién es fascista*. Madrid: Alianza Editorial.

- Ginsborg, Paul (1998). *Storia d'Italia, 1943-1996. Famiglia, società, Stato*. Turín: Einaudi.
- González Cuevas, Pedro Carlos (2007). "La derecha tecnocrática", en Fernando del Rey (ed.), *Las derechas: tecnócratas, liberales y neocons. Historia y Política*, 18, 23-48.
- Gramsci, Antonio (1975). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce y Notas sobre Maquiavelo, política y el Estado moderno*. México DF: Editor Juan Pablos.
- Griffin, Roger (1993). *The Nature of Fascism*. Londres: Routledge.
- Henríquez, María José (2008). "El prestigio pragmático: Iberoamérica en la Política Exterior de Gregorio López Bravo (1969-1973)", *Cuadernos de Historia de las Relaciones Internacionales*, 6, 1-22.
- Hermet, Guy (1986). *Los católicos en la España franquista*. Madrid: CIS-Siglo XXI.
- Hofmann, Anna Catharina (2023). *Una modernidad autoritaria. El desarrollismo en la España de Franco (1956-1973)*. Valencia: PUV.
- Ingrao, Christian (2017). *Crear y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*. Barcelona: Acantilado.
- Jerez Mir, Manuel (2009). "Executive, single-party and ministers in Franco's regime, 1936-45", en António Costa Pinto (ed.), *Ruling elites and decision-making in fascist-era dictatorships*. Nueva York: Columbia University Press, 164-211.
- Jiménez Redondo, Juan Carlos (2007). "Marcelo Caetano y los desarrollistas españoles: la liberalización de los no liberales", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 19, 185-208.
- « — » (2021). "Las dictaduras peninsulares: la lógica aliancista en un marco de identidad ideológica y liderazgos diferenciados", *Portugal e Espanha: histórias comparadas, Ler História*, 79, 87-109.
- Judt, Tony (2005). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus.
- Kallis, Aristide (2000). *Fascist Ideology*. Londres: Routledge.
- Koselleck, Reinhart (1993 [1979]). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- La Rovere, Luca (2008). *L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo, 1943-1948*. Turín: Bollati Boringhieri.
- Linz, Juan J. (1978 [1964]). "Una teoría del régimen autoritario. El caso de España", en Stanley G. Payne, (ed.), *Política y sociedad en la España del siglo XX*. Madrid: Akal, 205-263.

- Lyttelton, Adrian (1973). *The Seizure of Power. Fascism in Italy 1919-1929*. Londres: Routledge.
- Magyar, Bálint y Madlovics, Bálint (2023). *La anatomía de los regímenes poscomunistas: Un marco conceptual*. St. Augustine (Florida): Hypermedia.
- Mazower, Mark (2001). *La Europa negra: desde la Gran Guerra a la caída del comunismo*. Barcelona: Ediciones B.
- Molinero, Carme e Ysàs, Pere (2008). *Anatomía del franquismo*. Barcelona: Crítica.
- Moradiellos, Enrique (2016). “La doctrina del caudillaje en España: legitimidad política y poder carismático durante el franquismo”, *Hispania*, vol. LXXVI, 254, 789-817.
- Moreno Juste, Antonio (1998). *Franquismo y construcción europea*. Madrid: Tecnos.
- Morente, Francisco (2006). *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*. Madrid: Síntesis.
- Moya, Carlos (1984). *Señas de Leviatán. Estado nacional y sociedad industrial: España, 1936-1980*. Madrid: Alianza.
- Muñoz Soro, Javier (2013). “Presos de las palabras. Republicanismo y populismo falangista en los años sesenta”, en Miguel A. Ruiz Carnicer, *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 343-364.
- Palomares, Cristina (2006). *Sobrevivir después de Franco. Evolución y éxito del reformismo, 1964-1977*. Madrid: Alianza Editorial.
- Paxton, Robert (2005). *Anatomía del fascismo*. Barcelona: Península.
- Payne, Stanley G. (1965). *Falange. Historia del fascismo español*. París: Ruedo Ibérico.
- « — » (1983). *Fascism: Comparison and Definition*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Pinto, António Costa (2012). *The Nature of Fascism Revisited*. Nueva York: Columbia University Press.
- Preston, Paul (1998). *Franco «Caudillo de España»*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.
- Richards, Michael (1999). *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*. Barcelona: Crítica.
- Rodrigo, Javier y Fuentes, Maximiliano (2022). *Ellos los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*. Barcelona: Deusto.

- Rodríguez López, Emmanuel (2022). *El efecto clase media. Crítica y crisis de la paz social*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Ruiz Carnicer, Miguel A. (2014). "Fascismo, posfascismo y transición a la democracia. La evolución política y cultural del franquismo en relación al modelo italiano", *Itinerari di ricerca storica*, XXVIII-1, 67-88.
- « — » (2019). "Late Spanish Fascists in a Changing World: Latin American Communists and East European Reformism, 1956-1975", *Contemporary European History*, Volumen 28-3, 358-371.
- Sánchez Recio, Glicerio (2008). *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos*. Barcelona: Flor del Viento.
- Sanz Hoya, Julián (2013). "Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español", en Miguel A. Ruiz Carnicer, *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 25-60.
- Saz, Ismael (2003). *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid: Marcial Pons.
- « — » (2012). "Franco, ¿caudillo fascista?: Sobre las sucesivas y contradictorias concepciones falangistas del caudillaje franquista", *Historia y Política*, 27, 27-50.
- Schmitt, Carl (2014 [1932]). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Scoppola, Pietro (1997). *La repubblica dei partiti. Evoluzione e crisi di un sistema politico, 1945-1996*. Bolonia: Il Mulino.
- Sesma Landrin, Nicolás (2012). "La dialéctica de los puños y de las pistolas: una aproximación a la formación de la idea de estado en el fascismo español (1931-1945)", *Historia y Política*, 27, 51-82.
- Tarchi, Mario (1995). *Esuli in patria. I fascisti nell'Italia repubblicana*. Parma: Guanda.
- Traverso, Enzo (2000). *La Campagne de France. Journal 1994*. París: Fayard.
- Tusell, Javier (1988). *La dictadura de Franco*. Madrid: Alianza Editorial.
- « — » (1993). *Carrero Blanco. La eminencia gris del Régimen*. Madrid: Temas de Hoy.
- Villacañas, José Luis (2022). *La revolución pasiva de Franco*. Madrid: Harper Collins.
- Yoder, Jennifer (1999). *From East Germans to Germans? The New Postcommunist Elites*. Durham: Duke University Press.
- Zenobi, Laura (2011). *La construcción del mito de Franco. De jefe de la Legión a Caudillo de España*. Madrid: Cátedra.